

Prólogo

La noche cayó fría sobre la ciudad y los muros de la habitación de Paladin, por lo que tuvo necesidad de echarse una capa sobre los hombros que fue suficiente para entrar en calor. Había cenado bien y de ello no podía quejarse, tanto por la cantidad como por la exquisitez de las viandas, así como por los sirvientes, que le trataron como a un gran señor que no visitaba la ciudad hacía largo tiempo. Notó de repente que golpearon la puerta y el guardia presentó a Findegil, el escriba de Gondor. Parecía que rondaba la vejez pero en él se percibía la fuerza de alguien que en el pasado fue un guerrero que libró notables batallas. Paladin observó que traía un libro en las manos.

—Salud, Paladin, hijo de Perdibrand. Espero que vuestro largo viaje no fuese pesado y que la cena fuese de vuestro gusto.

—Así han sido ambas cosas, muchas gracias —respondió Paladin lo más cortésmente que pudo.

Findegil colocó con sumo cuidado el libro sobre una mesa que estaba cerca de la litera en la que descansaría el joven perian y, mirándole a los ojos con una sonrisa, habló de este modo.

—El libro del Thain —dijo con admiración— ya está listo para regresar a La Comarca.

—El libro del Thain regresó a La Comarca hace cuarenta y nueve años, señor.

—Es cierto —repuso Findegil— pero en Gondor hemos añadido recientemente más documentos importantes a nuestra propia copia. El señor Barahir, senescal de la ciudad, estima que son de suma importancia y considera que necesitáis una copia de los mismos para añadir al vuestro.

—Entiendo —dijo con desagrado y sin mirarle. El escriba percibió su incomodidad y suspiró un instante antes de salir.

—Ahora si me disculpáis tengo asuntos que atender que deben estar listos para mañana. Si necesitáis cualquier cosa solo tenéis que pedirla y os será traída de inmediato.

«La única que desearía nadie me la podría conceder», pensó Paladin con tristeza.

—¿Qué fue lo que motivó a mi padre a tomar semejante decisión? —preguntó Paladin con impaciencia.

—¿Tenéis pensado permanecer muchos días en la ciudad? —respondió Findegil con otra pregunta tras meditar un instante.

—No más de los necesarios —dijo mientras miraba al suelo—. Pensaba partir a Hobbitton pasado mañana.

—Una verdadera lástima. En Gondor hay muchas cosas que ver para alguien que tiene un viaje tan largo y pesado a sus espaldas, maese Paladin. No obstante haré llegar al Rey vuestros propósitos y tened por cierto que será como deseáis.

—De veras lo agradezco —respondió sin casi saber qué decir visiblemente irritado—. Con vuestro permiso quisiera descansar.

—Paladin —espetó el escriba.

—¿Sí? —respondió con una inquietud que le petrificó.

—La audiencia con el Rey será mañana por la tarde después de la comida, pues tiene asuntos que atender que no pueden demorarse. Tenéis tiempo para descansar. Pero si por algún motivo os cuesta conciliar el sueño la lectura de ese libro quizá pueda ayudaros. Leer sobre algo que ya conocéis quizá os ayude y quien sabe... quizá encontréis en él respuestas a vuestra pregunta.

—Entonces le echaré una ojeada. Muchas gracias, Findegil, buenas noches.

—Buenas noches, maese Paladin —respondió Findegil, y tras esto se dirigió hacia la puerta. Pero Paladin seguía apesadumbrado, y las peores predicciones del escriba se cumplieron: cuando optó por acostarse no podía pegar ojo por más que lo intentara. Tras decidir que en su lecho no conseguiría ese propósito decidió levantarse y comenzó a dar vueltas compulsivamente alrededor de la habitación, pensando en cosas tristes. Después se limitó a observar los hermosos tapices de colores lisos de su habitación. «Y soy un mero huésped», pensó. «¿Cómo serán entonces los aposentos del Rey?»

De repente observó lo que había en una mesa pequeña no muy alejada. Era el libro del Thain que esa misma tarde le había dado Findegil, y la idea de hojearlo le convenció más que descansar, así que se apresuró a cogerlo y encendió una vela para leerlo un rato. Por un instante algo embriagador e inmensamente más abrumador que lo que sintió contemplando la habitación se apoderó de él. Tenía en sus manos, y fue del todo consciente ahora y no por la tarde pues entonces le ocupaban otros

pensamientos, la Partida y Regreso del viejo Bilbo Bolsón, historias que iniciaron desde su propia familia, de la cual el propio Bilbo era pariente, pues sus bisabuelos Peregrin y Meriadoc las habían contado muchas veces, continuado por Frodo Nuevededos y su bisabuelo Samsagaz y que de hecho entregara Peregrin Tuk al propio Findegil muchos años atrás cuando al final de sus días se retiró a Gondor. Y efectivamente, el escriba volvió a tener razón. De pronto vio algo que le resultó extraño y le llamó poderosamente la atención: había más documentos donde se suponía debía acabar la historia del Libro Rojo, documentos que ni él ni nadie de su familia conocían y que alguien había perdido ahí (o que los había dejado a propósito). Tuvo miedo un instante y estuvo tentado de cerrar el libro, pero la curiosidad aventurera propia de los Tuk hizo que cuanto menos le echara un ligero vistazo y constató que efectivamente alguien los había colocado allí, pues seguían un orden cronológico de acontecimientos muy seguidos y desconocidos para él y al mismo tiempo muy recientes.

«Cielos, vaya con el escriba...», pensó. Tras un segundo vistazo el manto de sueño se desvaneció completamente: se trataba de una serie de importantes documentos, pues entre ellos se encontraban unas cuantas crónicas del propio escriba, ¡y un diario de su propio padre, Perdibrand Tuk! También se encontraba entre ellas la *Historia de Aragorn y Arwen*, incluida por el senescal de la ciudad, aunque este propósito Paladin no lo entendió, pues no le importaba demasiado en este momento. Durante un instante sintió un miedo aterrador, como si una extraña fuerza le obligara a leer algo que no debía leer, o cuanto menos de lo cual podría arrepentirse si lo hacía. «Leer sobre algo que ya conocéis quizá os ayude y quien sabe... quizá encontréis en él respuestas a vuestra pregunta.» ¿Acaso este anciano pretende burlarse de mí?» En seguida desechó esa idea al comprender que era absurda. Lo que sí era innegable es que Findegil había conseguido su propósito, ante lo cual volvió a ponerse la capa y se dispuso a adentrarse en una aventura inesperada.

Anales de los reyes

«28 de febrero, año 220 de la Cuarta Edad

Malos tiempos corrían en Gondor. Demasiados incidentes crecían día a día, y el último conmocionó a todo el Reino Unificado: el Árbol Blanco que tiempo atrás hubiera plantado el Rey Elessar enfermó súbitamente y en poco tiempo se marchitó del todo sin posibilidad de curación, ni ocasión para encontrar la causa. Por todo ello, el Consejo hubo de reunirse. Los feudos del sur eran sin duda los que más motivos tenían para la preocupación, pues los problemas que se iniciaron en el Ethir con la desaparición de marineros y un pequeño navío de la flota habían ido en aumento y lo que empezó siendo una ligera inquietud pasó a convertirse en un temor real. Los marineros eran reacios a navegar, ya que el rumor de un terror que no debía nombrarse encogía sus corazones.

Maegras, señor de Lossarnach, causó malcontento en la sala al decir que tales historias no eran sino supersticiones de marinos con cada vez menos pericia, y al menospreciar a éstos diciendo que las costas occidentales no eran seguras para los torpes; algo que objetó severamente Ramthalion, señor de Pelargir, quien informó que todos ellos eran hijos de reputados pescadores y añadió que hacía demasiado tiempo que no había tormentas en las costas.

Glirion, señor del Lamedon aportó información que preocupó al Rey Eldarion, pues en sus tierras jóvenes de notables casas lideraban a otros de baja cuna que se comportaban como orcos en pequeños disturbios en ciudades fronterizas provocando el terror entre pescadores y campesinos. Además disfrutaban del destrozo de las cosechas mientras sus líderes se comportaban como exiliados que reclaman sus tierras por la fuerza. Esto último provocó que Elboron, Senescal de Gondor, devolviera una mirada preocupada a su hijo Barahir, lo cual parecía indicar que todo ello les resultaba familiar.

—¿Y eso es todo? ¿Tanto ha decaído el valor de los señores del sur como para temer asuntos que son poco menos que chiquilladas? —le interrumpió en esta ocasión Maegras con sorna.

Tal burla generó de nuevo malestar entre los señores del sur, pero pronto se pasó del malestar a la inquietud en toda la sala cuando Glirion habló de nuevo.

—Y gritan siniestras consignas acerca de la Llamada del Nombre.

Un escalofrío silencioso recorrió toda la sala y el silencio se apoderó de ella mientras la mayoría de los señores agachaban disimuladamente la mirada, u otros como el perian recién llegado de La Comarca, Perdibrand Tuk, escrutaban inquietos los rostros de los presentes tratando en vano de descifrar sobre qué estaban hablando.

—Y apuesto a que conocéis el nombre en cuestión —dijo Elboron poniendo fin al silencio y provocando que Glirion tragara saliva.

—Y vos, Senescal, parece que sabéis o creéis saber mucho y bien haríais en contarlo —dijo el Rey con algo de hastío.

—No sé nada, mi señor —respondió Elboron—, más allá de lo que ocurre en mis tierras y de lo que sugieren algunas de mis intuiciones. También sé lo que no tendría que suceder en tierras ajenas, y no sería de mi incumbencia si su olvido y desatención no comprometiera las mías —concluyó mientras una mirada de odio súbito ardió en los ojos de Maegras al tiempo que otros señores aprobaban lo que decía.

—Vuestras intuiciones no suelen ir más allá de muchos de vuestros ya conocidos temores, existan éstos o no. Así pues, si tenéis algo que decir, es ahora el momento —respondió el rey al tiempo que la satisfacción invadía a Maegras.

Mientras tanto, el Rey Eldarion observaba el asiento del largo tiempo ausente Aglarion de Dol Amroth, junto al cual estaba su hijo Anardin, que siempre acudía en el lugar de su padre. Anardin le devolvió una mirada de resignación.

—A ello iba —continuó Elboron sin perder la calma mientras sujetaba con fuerza el brazo de su hijo Barahir, que durante un instante pareció presto a responder con dureza al Rey—, pero para llegar a conclusiones debo hacer una pregunta más, y ésta va dirigida a todos los señores. ¿El nombre, por ventura, es Herumor?

—¡Misericordia! —exclamó Maegras al tiempo que palidecía de horror junto con el resto de los señores, que guardaron un silencio incómodo.

—Vivimos unos tiempos de paz que adormecen las cosas, pero con tan solo mencionar un nombre parecen despertar de golpe —dijo Elboron con una sonrisa torcida dirigida al señor de Lossarnach—. Seré claro: no hace ni tres días que el que fuera capitán de La Compañía Blanca, Borlas, hijo de Beregond, me transmitió sus temores acerca de Herumor, así como los incidentes que aquí han sido nombrados. Para ser sinceros, en ese entonces no les presté demasiada atención, pues me ocupaban los problemas de mis propias fronteras. Capturamos a un sirviente del joven noble Saelon a la cabeza de una revuelta similar a la que ha relatado el señor Glirion y tras ser interrogado mencionó ese nombre. Entonces recordé las palabras del viejo Borlas: «Profundas en verdad son las raíces del Mal y la savia negra fluye en su interior. Ese árbol no morirá nunca. Por mucho que lo talen los hombres volverá a brotar en cuanto se den la vuelta. Ni siquiera en la Fiesta de la Tala habría que colgar el hacha.»

Elboron se interrumpió un momento mientras escrutaba los rostros de toda la sala y se dirigió de nuevo a Glirion para preguntarle si había algo que distinguiera a los responsables. Glirion le confirmó que al menos todos los cabecillas vestían una capa negra.

—¿Como ésta? —respondió mientras su hijo Barahir se adelantaba sujetando una capa de ese color. Glirion se acercó a examinarla y una mueca de horror le cambió el rostro al comprobar que no sólo era idéntica sino que estaba teñida de sangre. Elboron relató que dicha capa fue encontrada en la casa de Borlas junto a la verja que da al este, que sus criados acudieron raudos al escuchar ruidos de refriega y un grito de su señor y que al llegar allí no había nadie. Encontraron la capa y confirmaron que no era suya. Posteriormente constataron que era idéntica a la del sirviente de Saelon cuando éstos se la llevaron a Elboron.

—Ramthalion, transmitid mi pesar a su hijo Berelach, pues sé que sirve en la armada de Pelargir. Hasta aquí quería llegar, mi señor, y constatar que todo esto son algo más que chiquilladas —concluyó Elboron mientras Maegras enrojecía de cólera y vergüenza y el Rey empezaba a comprender la gravedad del asunto.

Entonces, llenos de temor, Mothlith y Turlath, señores de Anfalas y de Ringló preguntaron al Rey si había noticias del prefecto de Umbar. El Rey informó que no las había desde hacía un año, y que hacía tres meses había enviado soldados en busca de noticias y que no habían regresado aún. Esto último llenó de temor toda la sala. «Tres meses...», susurraban. Y entonces el Rey habló así:

—Ante tales acontecimientos no existen suficientes motivos para que los jóvenes nobles sean declarados proscritos, aunque los señores de sus tierras tienen el beneplácito para seguir impartiendo su propia justicia. Sin embargo, el asunto de Saelon sí que es de extrema gravedad. Por lo tanto pesa sobre él una sentencia de muerte que habrá de ser confirmada cuando comparezca en Minas Tirith para defenderse o ejecutada en el caso de que se alzara en armas contra cualquier hombre o mujer del Reino.

—Entonces con el permiso de mi Rey, debo partir con presteza para defender mis tierras y capturar a Saelon. Sugeriría al resto de los señores hacer lo mismo.

—Y con qué autoridad os creéis para recomendar que deben hacer el resto de los señores en sus propias tierras? —respondió Maegras ciego de cólera.

—El linaje —respondió con extrema frialdad—. Del mismo modo que descendéis de Forlong de Lossarnach, yo soy el heredero de Faramir, señor de Ithilien, y en honor a nuestra cuna es nuestro deber proteger nuestro legado con algo más que el amparo de la fama de nuestros padres en sus tiempos de gloria.

Toda la sala entendió estas palabras. Forlong fue uno de los valientes caídos en la Batalla de los Campos de Pelennor. Elboron había cuestionado que Maegras estuviese a su altura.

—Partid con premura entonces. Y si vuestro ánimo sigue perturbado por el belicismo os sugiero que no regreséis a este consejo —espetó el Rey antes de que Maegras respondiera iracundo.

De nuevo, el silencio se apoderó de toda la sala.

—Sea así pues —respondió Elboron con una mezcla de indignación y decepción—. Pero recordad, mi señor, que llegado el momento estaré lo suficientemente cerca de vos.

Elboron y Barahir se marcharon mientras la suspicacia y los comentarios en voz baja se extendían por toda la sala. El Rey Eldarion instó al resto de los señores a continuar.»

Diario de Perdibrand Tuk

«1 de marzo de 220 de la Cuarta Edad 1641 según cómputo de La Comarca.

Hace frío. Con gusto me hubiera quedado esta mañana arropado en mi cama, pero no podía ni quería eludir lo que poco más tarde iba a suceder. Así que tras conseguir un par de manzanas, queso, algo de pan y un poco de mantequilla en el almacén de la despensa de la guardia y desayunar, me topé con Findegil el escriba, que accedió amablemente a llevarme a mi destino. Hacía algo menos de un año que decidí retirarme a Gondor tal y como hiciera mi bisabuelo Peregrin y todavía no había visitado ese lugar. El escriba me condujo a través de un pasadizo que llevaba al círculo sexto de la ciudad hacia una puerta cerrada llamada Fen Holen y que estaba custodiada por un portero bien armado.

—Tenéis permiso del Rey, podéis pasar —dijo tras observarme detenidamente.

Se dio la vuelta y abrió la puerta. Así fue como accedimos a los Recintos Sagrados donde descansan los grandes de Gondor, además de los Senescales y los Reyes. Nos adentramos a través de la Calle del Silencio de Rath Dinen y pude observar multitud de casas grandiosas rodeadas de hermosos jardines y una sensación de paz y melancolía me embriagó el corazón. Llegamos al final de la calle y observamos un recinto más pequeño pero mejor engalanado que los anteriores. Sin lugar a dudas se trataba del mausoleo de los reyes, y en su interior el Rey Eldarion me estaba esperando. Cuando cruzamos el umbral, un sorprendente pasillo, amplio y bien iluminado nos condujo a una sala en la que observamos una alta figura que se encontraba de espaldas y que parecía custodiar en silencio un gran lecho bien adornado flanqueado por otros dos más pequeños. Era la tumba del Rey Elessar, y a ambos lados descansaban los cuerpos de mi tío bisabuelo Meriadoc Brandigamo y mi bisabuelo Peregrin Tuk. Una extraña pero cálida sensación de humildad me invadió, pues aunque las historias de como ayudaron a salvar el país, nuestra amada Comarca y todo el mundo conocido son motivo de orgullo, estar delante de las tumbas de gente tan notable me hizo sentir algo insignificante.

—Salud maese Perdibrand, espero que vuestra estancia en la ciudad esté resultando todo lo cálida que merecen los familiares de aquellos que presta ron a Gondor y al resto del mundo servicios de tan incalculable valor —dijo el Rey, volviéndose e interrumpiendo mis pensamientos.

—Francamente calurosa, majestad —respondí algo aturdido por semejantes halagos, pues sin duda mi abuelo los merecía, pero el mero recuerdo de sus hazañas me hizo pensar que difícilmente tendría yo alguna en vida—. Me he visto colmado de todo tipo de atenciones, algunas de ellas inesperadas para alguien ajeno a las costumbres de este país.

En ese instante pude observarle mejor que el día anterior en el consejo y percibí en él el vigor de su gente, los altos señores del ahora Reino Unificado que hace largo tiempo llegaron del Oeste, pero al tiempo también observé que poseía la belleza de la Hermosa Gente de la que tanto hablaba el señor Samsagaz en el Libro Rojo, sin duda heredada de su madre, la Reina Arwen. Sin embargo no poseía su semblante la alegría de los elfos de Rivendel que contaban las historias, sino más bien la melancolía de los elfos que se encaminaron a los Puertos para nunca regresar.

—Lo que de veras lamento es que tuvierais que ver un consejo como el de ayer —terminó de decir con tristeza.

Tuve que decirle que si bien no había entendido mucho, me había resultado un honor estar presente en él, y durante un largo rato el Rey y Findegil me estuvieron explicando los pormenores de todo: los problemas en los feudos del sur, la desunión de los señores y que todas estas cosas se remontaban a veinte años atrás. En ese momento apareció el nombre de un tal Bragolnaur, señor del Morthond, que intentaron eludir como pudieron aunque Findegil fue bastante enigmático: «su sombra sigue haciendo daño», dijo. También hablaron de rumores de que La Plaga (así llamaban a los jóvenes que se comportaban como orcos) estaba extendiendo un extraño culto a la Antigua Oscuridad, cosa que me hizo temblar. No me atreví a preguntar por el señor Elboron, pues parecía evidente que era un asunto que irritaba al Rey profundamente.

—Y ninguno de estos es el mayor de los problemas —dijo el Rey.

—¿Y cuál es? —me atreví a preguntar.

—El fin de la esperanza. Es algo que se ve en los semblantes de todos los señores y empiezo a creer que han perdido la fe en su Rey —concluyó con tristeza.

—¿Y vos qué sentís, mi señor? —preguntó Findegil.

—Lo que siento es el cambio del viento, el susurro de los últimos granos en uno de los vasos de un reloj de arena. Una sensación difusa de que de repente el mundo se ha vuelto gris, se deshilacha por los bordes, pierde el brillo igual que el polvo de color en las alas de las mariposas al final del verano. Asombro y perplejidad. Como si todo fuera viejo, y un soplo frío que arranca los últimos colores y las últimas hojas se colara por los resquicios y me atormentara en vano —concluyó mirando de nuevo hacia el gran lecho.

—No conozco ningún tormento vano —dijo Findegil—, salvo aquellos que impiden morir lo viejo o nacer lo nuevo. Permitidme entonces, mi Rey, que os cuente una historia, una historia que no pertenece a esta Edad, en los tiempos en los que mi padre era un joven guerrero que servía en La Compañía Gris.

Me quedé perplejo al escuchar eso último, ¡el escriba era descendiente de los Montaraces del Norte que combatieron en los Campos del Pelennor! Me encontraba ante una leyenda viva y no pude sino prestar toda mi atención a lo que iba a relatar.

—Recuerdo que mi padre me contó que tras hacerse con los navíos corsarios en Pelargir y liberar a los esclavos, su capitán, vuestro padre, dio la oportunidad a algunos de los rendidos de unirse a la causa de los Pueblos Libres o de regresar en paz al hogar, aunque esto último podría ser un bien efímero si la victoria caía del lado del Enemigo. Unos pocos decidieron quedarse y acto seguido zarparon rumbo a la Ciudad Blanca, que sufría asedio. Mi padre recordaba que la lentitud de la travesía despertó muchas dudas que nadie se atrevía a pronunciar, pero la inquietud hizo temer que llegarían demasiado tarde. Y entonces el tiempo cambió, y un viento del sur hinchó las negras velas insuflando asimismo esperanza en sus corazones. Finalmente, la noche les recibió con un resplandor rojizo que provenía del Pelennor. «Minas Tirith está en llamas», dijo vuestro padre y ello auguraba que tan solo encontrarían restos y despojos. Fue entonces cuando mi padre contempló a lo lejos la Ciudad Blanca por vez primera y las innumerables fuerzas del enemigo tratando de atravesar sus murallas mientras el magnífico espolón de roca le evocaba los altos y orgullosos navíos perdidos en otros tiempos y que desafiaba una marea negra de orcos presta a hacerlo zozobrar.

Entonces el señor Aragorn alzó la voz: «Nuestro momento ha llegado.» No necesitó de más palabras, pues en ese mismo instante el señor Halbarad desplegó el estandarte de Elendil. Y el orgullo que invadió sus corazones hizo que los miembros de La Compañía Gris comenzaran a cantar:

*Hombres zarpad, dejad las costas,
decid: adiós, bella Númenor.*

*Anclas levad, soltad las velas,
surcad los mares sin ningún temor.*

Y los señores del sur que se les habían unido capitaneados por el señor Angbor continuaron:

*Pues ni el mar, ni las tormentas
nunca quiebran el valor
de los Hombres del Oeste
por su orgullo, por su honor.*

Y de súbito, de forma inesperada, los propios corsarios cantaron también:

*Númenor, Númenor,
¡por la gloria de la Tierra del Don!
Númenor, Númenor,
el orgullo de Occidente es Númenor.*

Fue una sorpresa inesperada, aunque sin duda eran descendientes de antiguos señores de Gondor que en el pasado se vieron obligados al exilio. Y entonces mi padre sintió una mano en su hombro. Era el señor Aragorn, y jamás olvidó sus palabras: «Los caminos que nos separan son los mismos que nos unen de nuevo.»

Desembarcaron en el puerto de Harlond y cargaron violentamente contra las huestes de orcos, que se desbandaron por el horror y el desconcierto, pues no entendían que sus propias naves vinieran cargadas de enemigos, mientras los hombres de la Ciudad Blanca y sus aliados del norte masacraban su retaguardia. A pesar de los caídos fue un día feliz, pues fue un día de muchos reencuentros, el de hermanos de sangre y hermanados en la adversidad que en la hora de la derrota cargaron juntos al grito de «¡Númenor!». Pude observar que los ojos del Rey Eldarion brillaron por la emoción. Pero Findegil continuó.

—Es por esto, señor, por lo que jamás debemos pensar que la esperanza está perdida. Puede estar oculta, y puede estarlo en cualquier parte, tras los ardides de un enemigo oculto, en las letras de una canción, en un hermoso recuerdo llegado del mar.

—El mar dará a cada hombre una nueva esperanza, como el dormir le da sueños —concluyó Eldarion, que nos invitó a acudir a la gran sala del Merethrond, pues se aproximaba la hora del almuerzo.

El banquete servido en el Merethrond no dejó a nadie insatisfecho, pero fue extrañamente silencioso. El Rey Eldarion observaba a todos los señores con tranquilidad, sin perder detalle, pero todo el mundo se percató de las furtivas miradas a los dos asientos que flanqueaban el que él ocupaba y que presidía la mesa. Eran los de Aglarion y Elboron, y mucho tiempo hacía que no eran ocupados. No había probado bocado, y no tardó en levantarse, excusándose con los presentes diciendo que se dirigía a sus aposentos. Mae gras quiso acompañarle, pero él Rey le ordenó que no lo hiciese y sólo se lo permitió al príncipe Aredain, su primogénito, y al señor Anardin, heredero de Aglarion de Dol Amroth y pupilo del Rey. Se decía que los señores de Dol Amroth estaban emparentados con los elfos, y pude comprobar que el señor Anardin, aún con un semblante y expresión diferentes, sí que parecía estar unido al Rey Eldarion a través de algún remoto parentesco.

Tras retirarse el Rey, Mae gras dudó un instante y, después de mirar a todos los comensales, se disculpó y partió a sus propios aposentos. En el mismo momento en el que salió por las puertas de la gran sala, Maethor, señor de Pinnath Gelin, rompió el silencio.

—Parece que el paso del tiempo no mitiga el peso de las ausencias —dijo con solemnidad.

—Cierto es —respondió Ramthalion—. A veces pienso que en los Recintos Sagrados debe haber más alegría que en esta sala. De veras lo lamento por el señor Perdibrand. Un viaje tan largo y se encuentra con esto.

—A decir verdad entiendo poco de lo que sucede —dije, intentando no meter la pata—, aunque lo cierto es que acostumbro a sobremesas más calurosas.

—No siempre fue así —me interrumpió Glirion—. Hubo largos años en los que no faltaban las risas, las canciones o relatos de las gestas de los héroes de otros tiempos. Pero hace mucho que la sombra se instaló en la ciudad y en esta sala. Posiblemente la misma que mató el Árbol Blanco.

—Sandeces —espetó Ramthalion con disgusto—. La sombra de la que habláis no tiene más poder del que le dais sobre vosotros mismos.

«Sombra...», pensé para mí mismo, preguntándome si hablaban de la misma que mencionó Findegil por la mañana.

—¿Alguien sabría decirme quién es Bragolnaur?

En ese mismo instante caí en la cuenta de un error fatal. Eso último lo había pensado demasiado alto, ¡tan alto que lo había pronunciado! Todos los señores fijaron sus miradas en mí con una mezcla de sorpresa y preocupación. ¡Tuk idiota! Me sentí dentro de un lío del que no sabía cómo salir.

—Parece que la discreción es otra de las virtudes que se han perdido en la ciudad —dijo Ladruin, señor del Lebennin.

—La discreción no es siempre una virtud —le corrigió Ramthalion—, sobre todo cuando tras ella se ocultan sombras que tanto inquietan a tan notables señores y que tanto mal han causado y seguirán causando. Bragolnaur es ni más ni menos que el responsable de que el Consejo y esta sala se encuentren así. La sombra de un muerto que no descansa y que no permite el descanso.

—Si se va a hablar de la misma historia de siempre temo no estar dispuesto a escucharla de nuevo —dijo Glirion levantándose con disgusto—. Con vuestro permiso, he de retirarme —y con paso presto también salió de la sala.

—No os apuréis, maese Perdibrand —me tranquilizó Ramthalion—, Glirion no tiene problema alguno en que conozcáis la historia y sabe perfectamente que es cierta. Le ha tocado vivirla más cerca de lo que le gustaría y cada vez tolera menos el dolor que le produce. De hecho, de los señores que quedamos en la mesa, todos la conocemos demasiado de cerca y entenderé que alguno más desee retirarse.

—No por mi parte —respondió Maethor.

—Ni por la mía —hizo lo propio Ladruin.

—Pues, para empezar —comenzó Ramthalion—, hay que decir que en todos estos conflictos, y no hablo sólo de los que hay entre los señores, todos tenemos nuestra parte de culpa, y mientras eso no asuma el poderoso navío que es este reino seguirá encallado sin remedio y a merced de toda tormenta. Todo esto se remonta a hace veinte años con motivo de la festividad de la Eruhantalë, que muchos años antes el Rey Elessar hubiera restaurado. En ese entonces la amistad entre nuestro señor Eldarion y los señores Elboron y Aglarion era tan fuerte como los cimientos del Mindolluin. Se criaron al amparo de las grandes leyendas de sus antepasados: no en vano el Rey Eldarion es hijo del Gran Rey largo tiempo ausente, el señor Aglarion es biznieto de Imrahil de Dol Amroth y el señor Elboron es hijo de Faramir, todos ellos muy amados en el Reino. Ser descendientes de gente tan notable es sin duda un honor y motivo de orgullo.

—Y también una pesada carga —añadió Ladruin. Ramthalion y Maethor asintieron.

—Para quienes les amamos —continuó Ramthalion—, el recuerdo de esa amistad es muy conmovedor, pues en los tiempos felices el vigor del príncipe de Dol Amroth les llevaba en volandas a los tres, y entre Eldarion y Aglarion había una complicidad y forma de entender la vida más propia de los elfos de antaño. No en vano por ambos corre sangre de los Eldar: de la dama Arwen en nuestro Rey y de la dama Nimrodel, según cuentan las leyendas, en Aglarion. Sin embargo, tras la muerte del Rey Elessar, Elboron fue un apoyo importante para Eldarion, quién teniendo un inicio de reina do plácido y próspero vivió unos años tristes. Para ambos príncipes lo más importante era su Rey.

—Es cierto —interrumpió Ladruin—. Es como si el Destino hubiera atado a Eldarion y Aglarion con la belleza de la vida y sin embargo lo que ató a Elboron con su Rey fuese la muerte.

—Y es aquí donde Bragolnaur aparece —continuó Ramthalion—, pues del mismo modo que Elboron fue un apoyo para el Rey, Bragolnaur, señor del Morthond y un líder natural, lo fue para el propio Elboron. El Rey Eldarion sentía por él una extraña piedad que el propio Bragolnaur no necesitaba merced a las graves pérdidas que sufrió su casa durante la Guerra del Anillo.

Como decía, era la festividad de la Eruhantalë. En esta ocasión había un motivo más de celebración, y era que el Rey Elboron iba a plantar una semilla del Árbol Blanco en el santuario del Mindolluin, garantizando con ello la supervivencia de su estirpe tal y como aconsejara el mago Mithrandir muchos años atrás. Era sin duda un día feliz: Gondor llevaba bastantes años ya sin guerras y, una vez concluida toda ceremonia, el Rey invitó a todos los presentes a conversar amistosamente acerca del futuro del Reino Unificado. Uno por uno todos los señores presentes nos congratulamos por los largos años de paz y la prosperidad del reino y auguramos que en los años posteriores todo sería aún mejor. Y fue entonces cuando Bragolnaur habló:

“—Mi Rey, sin duda los tiempos de la Gran Paz son un tesoro de valor incalculable, pero he observado en los últimos tiempos que conlleva un precio inesperado muy difícil de asumir.

—Continuad—respondió Eldarion.

—Veteranos y noveles que sirven en la armada se sienten oxidados e inútiles cuando apenas tienen tareas que cumplir, y las que tienen les resultan tediosas. Se está llegando a un punto en el que muchos sienten menguado su sentido del deber, y esto es un asunto grave. Parece increíble, pero muchos echan de menos la guerra aunque no se atreven a decirlo abiertamente — dijo Bragolnaur con gravedad.

—Toda guerra requiere al menos dos contendientes —replicó el Rey—, y hace mucho que el Reino Unificado carece de amenazas.

—Eso no es del todo cierto, mi señor—se apresuró a responder Elboron—.

Quizá el lado occidental del Anduin esté libre de enemigos, pero en el oriental dista mucho de ser así. Si bien por merced al señor Legolas y a los elfos del Bosque Verde nuestros bosques fueron salvados, Ithilien sufriría mucho ante amenazas como las de los hombres de más allá del Rhûn. Los hombres del este llevan muchos años sin atacar a Gondor, pero sabemos que no han dejado de hacerlo cuando lo han deseado. Es por ello, mi Rey, que los viejos planes de saneamiento de Minas Morgul no deben demorarse. Con Minas Ithil alzada de nuevo, el Reino dispondría de una primera defensa que le otorgaría mayor seguridad.

—Es cierto —respondió Eldarion con algo de sorpresa y disgusto—, pero mi corazón alberga dudas. Temo que todo aquello tocado por la mano del Enemigo conserva una mácula imposible de lavar.

—Una mancha se puede limpiar si el lugar que ocupa no estuvo manchado en su comienzo — replicó Elboron—. Minas Ithil no fue levantada por mano del Enemigo, sino por Isildur; por lo tanto, no está corrupta del todo, y sólo la voluntad de sus herederos tiene el poder necesario para que vuelva a alzarse.”

Recuerdo que durante un instante el único sonido fue el del viento frío de la montaña, pues por los ojos de Eldarion comprendimos que esas últimas palabras le habían sonado a reproche que se clavaba en sus carnes frío como el acero. Sin embargo, Bragolnaur continuó:

“—Mi señor, no quisiera dejar olvidado un asunto que es aún peor.

Desde hace tiempo observo extraños comportamientos en los jóvenes de Gondor. Algunos no desean servir en la armada y tratan con desprecio las antiguas tradiciones. ¡Y para colmo algunos de ellos empiezan a tener como diversión el jugar a ser orcos!

—Tales asuntos son sin duda extraños, pero no veo en ellos nada más allá que chiquilladas — intervino Aglarion con templanza.

—Hablad de chiquilladas cuando orcos de verdad den a señores de vuestra estirpe una muerte cruel. Mi familia derramó sangre en el pasado por defender los valores y las tradiciones de Gondor, el gran señor Duinhir perdió a sus hijos en el Pelennor a manos de orcos infectos. Es intolerable que esas conductas queden libres de un castigo ejemplar.

—No confundáis la justicia con la venganza, Bragolnaur, ni os amparéis en ella para conseguir vuestros fines. Vuestra casa no es la única que ha perdido hermanos e hijos y el dolor del pasado no legitima el castigo que reclamáis —espetó Eldarion con disgusto—. Terribles y profundas son las llagas del Antiguo Mal si logran ocultarse tras el dolor de los hombres. La savia negra del odio fluye por sus venas tras plantar la semilla en sus coras. El odio y el resentimiento os acabarán convirtiendo a vos mismo en algo no mejor que un orco —concluyó mirándole fijamente como si leyera en su interior.

Y entonces sucedió. Una furia súbita inflamó los ojos de Bragolnaur, que con la velocidad del rayo desenvainó su espada y, ciego de cólera, lanzó un golpe contra el Rey, que cayó de espaldas pero no por causa de su acero. Una alta figura se había interpuesto entre ambos y desenvainando su espada había detenido el golpe.

—¡Poned fin a esta locura! —gritó Elboron.

Pero Bragolnaur no se detuvo y continuó sus ataques con el único propósito de dar a Eldarion pronta muerte. Elboron detuvo uno por uno cada uno de sus golpes hasta que, en un instante en que Bragolnaur bajó la guardia, Elboron contraatacó con la única intención de derribarlo, pero quiso el Destino que el señor del Morthond tropezara con una piedra y cayera colina abajo. Un grito terrible nos heló la sangre a todos.”

La historia me había dejado muy mal cuerpo, pero aun así seguía con muchas dudas. No entendía del todo por qué un hecho así, por terrible que fuese, pudiera distanciar de semejante modo a tres amigos que se amaron y apreciaron tanto. Ladruin me explicó que desde entonces surgieron problemas entre ellos. Durante años se desató entre ellos una tormenta de reproches y malentendidos que les hicieron un daño terrible. Todos hubiesen preferido que la refriega hubiera tenido a Aglarion como contendiente, pues al cabo era el defensor del reino. Jamás fueron capaces de perdonarse. Y ninguno tuvo la culpa.

—El corazón de los hombres a menudo no es tan malo como sus actos y rara vez tan malo como sus palabras. Pero en su caso, los tres son demasiado siervos de sus propios principios —dijo Ramthalion.

Entendí con esa última afirmación que los tres eran tercos como una mula y que rara vez daban su brazo a torcer. Según siguió contando, con los años Aglarion dejó de acudir a las reuniones del consejo, y extrañas eran las ocasiones en las que no había tensión entre el Senescal y el Rey. Todas sus discusiones, aunque no lo pretendiesen, parecían duelos sobre la superioridad moral. Y la situación no parecía que fuese a mejorar.

—Los señores están cada vez más nerviosos, sobre todo con la posibilidad de un ataque de Umbar, especialmente Mothlith y Turlleth, que comentan demasiado abiertamente ponerse al amparo de Elboron, pues es quien más combate a los jóvenes de La Plaga. Y el propio Elboron tiene ya bastantes problemas: ayer mismo tuvo una airada discusión en las caballerizas con su hijo Barahir, que salió al galope de la ciudad rumbo al sur mientras su padre le increpaba. Y de todos es sabida la poca simpatía que le inspira Maegras, el cual sin duda aprovechará estos asuntos para sacar el provecho que pueda. Fue el primero en acercarse al Rey cuando se iniciaron los problemas y no se separó de él desde entonces. Incluso ahora defiende que las últimas palabras de Elboron en el consejo fueron una amenaza al Rey —explicó Maethor.

—Lo único que sé es que el Rey me dio orden de reforzar la guardia de Pelargir y que yo mañana regreso allí. Espero de veras que ese temor sea infundado —dijo Ramthalion con gravedad.

La sobremesa concluyó allí, y aquí me encuentro relatando todo esto. Ojalá mi hijo pueda llegar a leer este diario algún día. De un modo extraño siento que tengo que ayudar a Gondor tal y como hiciera mi abuelo y honrar su memoria y la de mi familia. Seguir escribiendo una gran historia. Pero temo que Paladin no lo entenderá.»

Anales de los reyes

«14 de marzo

Las noticias de la reunión en Emyr Arnen entre el príncipe Elboron y los señores Mothlit de las Anfalas y Turlleth del Valle del Ringló hicieron que el Rey Eldarion convocara a todos los señores que aún quedaban en la Ciudadela para acudir a ese encuentro y sofocar lo que para algunos parecía sin lugar a dudas un acto de sedición. Ramthalion había partido hacía días a Pelargir para reforzar sus defensas, pero el séquito real albergaba hombres muy notables. A su derecha cabalgaban Maethor el de fuerte brazo, señor de Pinnath Gelin, Ladruin el Hermoso, señor del Lebennin, y Maegras, señor de Lossarnach. A su izquierda seguían la marcha Glirion el poeta, señor del Lamedon, y sin separarse del Rey a lomos del mejor poney de la ciudad estaba el señor Perdibrand Tuk, Thain de la Comarca y consejero del Reino del Norte, y cierta tristeza se percibía en su rostro.

—No es plato de buen gusto esta tarea, maese Perdibrand, pero recordad que venís por propia voluntad. Nada os obligaba a venir —dijo el Rey con gravedad.

—Soy feliz con el deber, mi señor, mas mi aflicción es otra. Si finalmente la contienda con el señor Elboron fuera inevitable, no podría evitar sentirme responsable de una mancha a la historia de mi familia. Sólo la guerra hace posible poner en contienda a dos señores a los cuales el amor hizo que sus parientes compartieran el mismo nombre. Faramir era el nombre de su padre, y Faramir era el nombre de mi abuelo —dijo Perdibrand con un nudo en la garganta.

El Rey no respondió pero asintió, pues entendía muy bien su dolor.

La marcha continuó hasta el mediodía y pronto avistaron los campos de Emyr Arnen. A lo lejos observaron una multitud de soldados que acampaban en la llanura y que conformaban la guardia de Anfalas y de Ringló. Apretaron el paso hasta llegar al campamento.

—¡Escuchadme! —exclamó el Rey— Las decisiones del Consejo fueron tomadas hace días y no tenéis nada que hacer aquí. Regresad al hogar y aplicad con sabiduría la justicia en vuestras tierras.

—No hay hogares a los que regresar, mi Rey —dijo Turléth—. Ayer mismo un emisario malherido trajo nuevas de que fueron atacados el mismo día en que partimos hacia el Consejo. Han sido pasto del fuego y no quedan de ellos más que cenizas y despojos. Y todo por la mano de La Plaga.

—Nuestros hombres y nosotros mismos deseamos venganza, mi señor, y tened por cierto que la cobraremos con vuestra ayuda o sin ella —continuó Mothlith.

—¡No nos moveremos de Emyr Arnen! —exclamó Turléth.

—Malas son estas nuevas sin duda —respondió Eldarion—, pero este no es el lugar ni el modo de reclamar ayuda para un asunto que hasta hace horas nos era desconocido.

—¿Y qué ayuda tenía pensada la corona? —espetó Turléth— No lucharemos por recuperar nuestro hogar con aquellos que no luchan por defender el suyo —dijo, señalando a Mae gras y sus hombres, provocando en ellos protestas iracundas.

—¿Cuestionáis el honor de mi casa? —bramó Mae gras llevando su mano a la espada, pero el Rey le impidió desenvainarla con un gesto.

—Cuestiono vuestro sentido del deber, que deshonor a una casa que en el pasado prestara a Gondor tan buenos años de leal servicio —respondió Turléth, echando más leña al fuego.

—No podréis recuperar vuestras tierras sin ayuda —espetó el Rey a duras penas conteniendo a Mae gras y sus hombres.

—Si la casa de Isildur no protege el Reino Unificado habrá que recurrir a la de Anárion, al cabo, antes de vuestro padre no nos iban tan mal las cosas. ¡Nos ampararemos en Elboron y en La Compañía Blanca! —exclamó Mothlith, provocando una explosión de júbilo y algarabía entre sus hombres y los de Turléth, al tiempo que indignación y cólera en el Rey y sus hombres.

—¡Sedición! ¡Muerte a los traidores! —bramó Mae gras desenvainando su espada y con él todos sus hombres.

—Si ese es vuestro deseo, Emyr Arnen verá el choque del acero entre parientes —dijo el Rey con extrema frialdad al tiempo que desenvainaba a Andúril con celeridad.

—¡Sea! —gritó Mothlith desenvainando la suya, y con un rápido gesto sus hombres formaron en su retaguardia.

Todo parecía dispuesto para una terrible matanza cuando de pronto se elevó en la lejanía un sonido de un cuerno claro pero terrible que procedía del sur. Los hombres de Mothlith y Turléth miraron en esa dirección y contemplaron a lo lejos la resuelta llegada de una numerosa compañía que vestía colores verdes y pardos y que portaba un estandarte blanco, comandada por un solo jinete que cabalgaba firme en la vanguardia.

Era Elboron y toda la Compañía Blanca le acompañaba. Los gritos de los hombres de Anfalas y el Ringló se mezclaron con un relampagueo de espadas. Los rostros de los hombres del Rey palidecieron de repente. Todos salvo Eldarion, que permanecía firme en la vanguardia sin dar aún una más que deseada orden de carga. Una vez que la Compañía Blanca se situó delante de los hombres de Mothlith y Turléth, Elboron bajó de un salto de su corcel y avanzó hasta la posición del Rey Eldarion. En ese instante se detuvo ante el estupor y el temor general de los hombres del Rey desenvainando su espada. Y sujetando los extremos del acero con ambas manos hincó la rodilla.

—Mi espada con la casa de Elendil —dijo Elboron con solemnidad ante la mirada atónita de los hombres del Rey y la estupefacción de los disidentes.

Acto seguido sus hombres dieron media vuelta y desenvainaron sus espadas contra ellos.

—¡Oídmelos todos! —gritó con voz tonante tras alzarse— Muchos son los conflictos entre los señores de Gondor, mas la Casa de Anárion jamás tolerará que se alcen contra el heredero de Isildur, primogénito de Elendil, reconocido Rey Supremo de todos los Hombres del Oeste. Y así será mientras los herederos de Mardil el Regente caminen por este mundo.

Los hombres de Mothlith y Turléth bajaron las armas, pero se mantuvieron firmes en sus formaciones mientras en el otro lado los hombres de Mae gras ardían en cólera pues consideraban su honor mancillado.

—Mi señor, no habéis sido prudente —dijo Elboron—. Los peligros crecen día a día y en esta hora el campo de Emyrn Arnen no es lugar seguro. Las incursiones de La Plaga son cada vez más y su número no deja de aumentar. Algo se avecina e ignoro lo que es.

En ese mismo instante Elboron avistó a lo lejos un jinete al galope que se aproximaba raudo desde el oeste hacia la retaguardia de los hombres del Rey.

—¡Berelach! —exclamó con sorpresa al reconocer al hijo de Borlas que una vez llegó hasta su posición hubo de ser sujetado para no caer del caballo de bruces. Llegaba agotado y lleno de heridas fruto de una reciente contienda.

—Dejadlo en mis manos —dijo el Rey, que se dispuso a examinarle las heridas mientras Elboron le dio una cantimplora para limpiarlas y para que Berelach bebiese. Cuando recuperó el aliento, Berelach relató, provocando el terror de todos, cómo una enorme flota umbariana había sitiado el puerto de Pelargir y cómo Ramthalion le había ordenado partir con premura a pedir ayuda. Contó además que durante el camino se topó con diversas patrullas de La Plaga que intentaron impedirle el paso. Esto último dibujó una sombra de aflicción en el rostro de Elboron y el Rey fue consciente en ese instante de la ausencia de su hijo Barahir. Berelach continuó relatando su viaje y contó que vio fuego en las tierras de Lossarnach, lo que provocó un grito de desesperación en Mae gras.

—Y fue entonces cuando lo vi. Al frente de la última patrulla de La Plaga se encontraba Saelon, el asesino de mi padre. Perdí al resto de mis hombres durante la refriega ¡Pero di muerte a ese perro traidor! —dijo cargado de odio— Pero no pude detenerme, pues justo entonces observé que parte de la flota remontaba el Anduin con el viento a favor y tuve que galopar hasta la Ciudad Blanca. Por suerte fui informado de que habíais partido hasta este lugar.

De repente, el nerviosismo y el pánico se extendió en la retaguardia de los hombres del Rey como una llama súbita y comenzaron a gritar: «¡Los corsarios de Umbar! ¡Los corsarios caen sobre nosotros! ¿Qué artificio es éste que nos deja a su merced?»

Y así era. El ejército de Umbar avanzaba ligero sobre la llanura y desde lejos se avistaba que sus huestes eran tres veces más numerosas y se dirigía hasta los señores de Gondor sin vacilación. El Rey Edarion ordenó entonces a todos los señores que formaran un *dírnai th*, consciente de que aun en inferioridad, sus armaduras pesadas le daban una ventaja que no podía desaprovechar, como tampoco podía permitir que el invasor les rodease. Una vez dispuestos dio la orden de carga, pues confiaba que la maniobra sorprendiera al enemigo y que el impacto súbito rompiera su formación dispersándolo y provocando una caótica retirada.

Pero algo falló, pues el señor de Lossarnach, herido en su orgullo y ciego de cólera se adelantó en exceso clamando venganza cuando vio que en la vanguardia del ejército enemigo iban los jóvenes de La Plaga. Y la sorpresa y el estupor hicieron presa del Rey y del resto de los señores, pues esa temeraria decisión comprometió no solo a los hombres de Lossarnach sino la seguridad del resto del frente de ataque.

De súbito una alta figura de armadura negra y de un yelmo terrible que le cubría todo el rostro se adelantó, y con voz potente espoleó a la vanguardia a que flanquearan a las huestes de Lossarnach dejándolas del todo aisladas del resto de los señores. Mientras tanto Elboron ordenó a la Compañía Blanca acudir en auxilio de Mae gras mientras el temor se apoderaba del resto de los señores y él mismo rogaba al Rey una rápida retirada.

—Debemos retirarnos, mi señor, o pereceremos hoy aquí —dijo Elboron con gravedad.

—No hay lugar al este del Anduin que favorezca nuestras defensas.

—Ese lugar existe, mi Rey, mas no tiene nombre —se apresuró Elboron a responder mientras veía a sus hombres caer cuando se afanaban en acudir al rescate de los hombres de Lossarnach.

—Sabéis muy bien que ese lugar está maldito —respondió Eldarion con preocupación.

—Sólo tenemos una oportunidad, mi señor. O nos enfrentamos con fantasmas, o les hacemos compañía para siempre.

Los ojos del Rey brillaron con intensidad y a una orden suya todas sus huestes se retiraron hacia el este. Una columna de la Compañía Blanca se adelantó para contener al enemigo y ponerles a todos a salvo, incluidas las diezmas fuerzas del señor de Lossarnach. La columna resistió con firmeza y valor el tiempo que le fue posible, y una vez caída las huestes de Umbar quisieron dar caza a los hombres del Rey, pero la alta figura alzó la mano y con un fuerte grito los detuvo. No había prisa, la primera batalla la habían ganado ampliamente y el rival no podía ir lejos. Las risas se extendieron rápidamente entre las

huestes de Umbar, y al poco un grito terrible se extendió en la llanura: «¡Herumor! ¡Herumor!» Y Herumor sonrió con la seguridad de un cazador que tiene a su presa acorralada.

Era media tarde cuando el Rey y sus huestes salieron del anillo de árboles y contemplaron al fin el estrecho sendero que era el Paso de Morgul. El Paso Sin Nombre lo llamaban en Gondor, pues la sombra de Morgul todavía generaba temor en el corazón de los hombres y eso se veía en los rostros de unos soldados que de vez en cuando miraban atrás, como pensando que lo que se avecinaba no podía ser peor. Poco a poco fueron tomando posiciones, pero se percibía la tensión en el ambiente. Casi todos miraban con odio o recelo a las huestes de Lossarnach por la situación en la que se encontraban; hacía mella en ellos la derrota infligida por el enemigo y el miedo a que una antigua sombra de hechicería llegara como una espesa niebla del valle de Imlad Morgul y les consumiera para siempre.

Entonces ocurrió lo inevitable. Mientras Berelach pensaba en sus propios asuntos tropezó con un miembro de la guardia de Lossarnach que le hizo tambalearse sin llegar a caer al suelo. El guardia le miró con desprecio y, apretando los dientes, el joven profirió contra Maegras unas duras acusaciones que no podían ser desoídas.

—¡Por vuestra culpa nos vemos en esta situación! ¡Es por gente como vos por la que mi padre no sigue con vida! —dijo Berelach señalando a Maegras con todo el odio que albergaba su corazón.

—¿Qué dices, muchacho? Frena tu insensata lengua o te la tendré que cortar —respondió Maegras, irritado al percibir por la mirada del resto que casi todo el mundo pensaba de forma similar.

Berelach hubiera continuado, pero Elboron se interpuso haciendo que el joven guardara silencio. Pero Maegras continuó.

—¿Quién piensas que eres para injuriarme de tal modo? —dijo, dirigiéndose a él con paso firme e indignado.

—Es Berelach, hijo de Borlas, otrora capitán de mi guardia, asesinado por Saelon según sabéis —respondió Elboron con tranquilidad interponiéndose entre ellos—. Y si bien no tiene rango para dirigirse a vos, por desgracia sus acusaciones no están carentes de razones. Ya hemos visto vuestras virtudes en el campo de batalla. Es difícil respetaros tanto en vuestra desidia como en vuestra resolución.

—¿Y me habla de respeto aquel que es incapaz de implantarlo en sus propios hijos?

Nadie supo de donde salió esa daga, pero con la celeridad de un rayo apareció en el cuello de Maegras que palideció de terror mientras Elboron le sujetaba del pecho con fuerza. Los hombres de Maegras profirieron gritos y desenvainaron sus espadas apuntando al Senescal y exigiendo que liberase a su señor mientras la Compañía Blanca amenazó con dar muerte a cualquiera que atacara a su señor mientras también desenvainaban las suyas. Todo esto no pareció importar a Elboron que miraba a Maegras con una espantosa mueca de satisfacción contenida.

—Volved a descuidar vuestras tierras comprometiendo las de otros señores. Volved a poner en peligro la vida de uno solo de mis hombres. Volved tan siquiera a susurrar el nombre de mi hijo y tened por cierto que no habrá ejército en Gondor, ni guardia real, ni Rey que os sirva de escudo.

—¡Bajad las armas! —gritó el Rey que llegó rápidamente. Los hombres de Maegras y la Compañía Blanca obedecieron de mala gana, pero Elboron no aflojó la presa que ejercía sobre el señor de Lossarnach, y siguió mirándolo fijamente.

—¡Vos también! —concluyó con furia. Elboron bajó la daga y acto seguido arrojó de espaldas a Maegras, quién desde el suelo le profirió graves insultos y exigiendo un pronto castigo.

—Silencio, Maegras —terció Eldarion—. Yo en su lugar no hubiera detenido mi brazo —y ordenó a Elboron que le siguiera hasta el círculo de árboles.

Anduvieron durante un rato en silencio del todo conscientes de que sus propios guardias no apartaban los ojos de ellos escondidos tras los árboles, pues la situación no invitaba a sorpresas inesperadas por mucho que Eldarion y Elboron desearan una conversación privada largo tiempo deseada por ambos. De pronto se encontraron en un inmenso claro con forma de círculo rodeado de troncos inmensos que parecían las ruinas de una fortaleza en decadencia. Y justo en medio confluían cuatro caminos.

—La Encrucijada —dijo Eldarion con apenas un susurro pero que pudo oírse—. Y de las cuatro alternativas que nos ofrece hemos ido a elegir la más tenebrosa.

—Y sin embargo la más segura —recordó Elboron—. El camino de Harad está vigilado y aunque superásemos las patrullas de La Plaga llegaríamos agotados a las costas, con un largo y peligroso trayecto a la Ciudad Blanca. El camino del norte es más corto pero no mejor. En otras circunstancias las ciénagas de Dagorlad quizá nos otorgaran una franca ventaja, pero no dirigiría a mis hombres hacia un temor más antiguo que el elegido. Y aun con todo jamás les conduciría hasta Eryn Muil.

—Aunque me cueste creerlo, añoraba este tipo de conversaciones —dijo Eldarion con una media sonrisa—. Siempre fuisteis obstinado en las explicaciones, aunque éstas no fuesen necesarias.

—Y vos sin embargo nunca dabais demasiadas cuando más hacían falta —respondió Elboron con serenidad intentando con escaso éxito que sus palabras no sonaran a reproche.

—La verdad es que de eso hace mucho tiempo —prosiguió el Rey intentando cambiar de tema conversación.

—Así es, veinte años y cinco meses —afirmó el Senescal con seguridad—.

Fue un seis de noviembre en el Merethron, junto a Aglarion, la noche antes de la celebración de la Eruhantalë en el Mindolluin, la noche antes de...

—No me lo recordéis —le interrumpió el Rey—. Nunca dejará de asombrarme la larga memoria que poseéis para los detalles.

—Los detalles son los más fieles guardianes de los recuerdos, mi señor —respondió Elboron gravemente

—Cierto es, pero no todos los recuerdos merecen una vigilia perpetua.

—Sólo los que importan —concluyó Elboron mirándole largamente.

El día tocaba a su fin y no podían demorarse. No se avistaban a lo lejos las huestes de Herumor pero el Rey tenía un plan que debía explicar urgentemente.

—Dispondremos un *thangail* al pie del desfiladero. La Compañía Blanca custodiará la retaguardia con montaraces hostigando el frente del enemigo con sus arcos largos. Vuestros mejores hombres custodiarán el flanco derecho de la vanguardia al tanto de los soldados de Lamedon y de Lossarnach —dijo el Rey.

—El *thangail* es la mejor defensa posible en esta situación, mi señor. La única dificultad se haya en la segunda de las órdenes —respondió Elboron.

—Es la más sencilla de las dos —dijo Eldarion con severidad.

—La más sencilla de pronunciar —interrumpió Elboron—. Incluso el menos sabio del reino sabe distinguir entre dar una orden y hacerla cumplir.

—¿Apenas veinte años han erosionado tanto vuestro compromiso para hacer de ello algo tan frágil? —respondió el Rey con decepción.

—Me temo que no lo entendéis —se apresuró Elboron a responder sintiendo la mordedura del orgullo herido—. Aunque lo deseara, no puedo ni debo dar esa orden.

—¿Os negáis porque os ciega el orgullo! —gritó Eldarion con disgusto.

—¿Orgullo? —respondió Elboron con una cólera fría que fue creciendo inconmensurable—. Doscientos de mis hombres han dado algo más que su orgullo por ponernos a salvo, han dado su vida por poner a salvo a los hombres de su Rey a causa de un insensato que desoyó una orden y ejecutó su propio plan sin previo aviso. Y ahora, cercados sin remedio, el coraje de todos los hombres pende de un hilo. ¿Y me pedís que el resto de mis hombres custodien a los responsables de lo que pudo haber sido nuestra ruina? Lo último que necesitamos es la discordia segura en mitad de una contienda.

—¿Es por ello por lo que hemos dar la sensación de unión en nuestras propias filas! —dijo el Rey con desesperación.

—Mi señor... —interrumpió Elboron recuperando la calma— entiendo muy bien vuestras intenciones, pero estas no amedrentarán a Umbar. Nadie necesitaría de espías para saber que existen diferencias entre los señores, pues todos nos hemos empeñado en no ocultarlas. Es por nuestra propia causa por lo que el destino de Gondor se ve así. Desde hace veinte años y cinco meses hemos permitido que las palabras calladas o las pronunciadas nos hiciesen más daño que una flecha disparada por un enemigo. Y ellos mismos tienen en su mano la victoria porque disponen de un objetivo común, que es destruirnos. Un hombre sabio dijo una vez que no hay ningún viento favorable para el que no sabe a qué puerto se dirige, y desde hace veinte años y cinco meses, el destino de Gondor es el de un navío a la deriva. Veinte años y cinco meses en los que vuestro único empeño ha sido el de mantenerme lejos de vos.

—¿Lejos de mí pero vivo! —logró decir al fin el Rey— Ese día fatal Aglarion y vos pudisteis morir por defenderme de algo que debí solventar yo mismo, y se que lo hubierais hecho con gusto. El dolor nos hizo herimos gravemente, Elboron, y de veras temí que os convirtieseis en un nuevo

Bragolnaur. Desde entonces no puedo vivir con la sombra del sufrimiento y la muerte de aquellos a los que amé. Es una losa con la que no deseo cargar.

Quedaron observándose un instante con ojos tristes mientras el sol dibujaba un pálido crepúsculo que se encontraba a espaldas de Elboron. De repente, la expresión de su rostro cambió y se acercó a una enorme figura sentada. Entonces miró al suelo con rapidez y pronto encontró lo que buscaba, pues los últimos rayos lo iluminaron. Se arrodilló en el suelo y observó la cabeza de la estatua con los ojos arrancados pero con una planta trepadora adherida a las cejas. Unas siemprevivas doradas brillaban con luz propia en su cabellera.

—¡Mirad mi señor! —exclamó Elboron mientras Eldarion se acercaba con incredulidad.

Ambos contemplaron la cabeza del rey, aquella que en otro tiempo encontrarán Frodo Nuevededos y Samsagaz Gamyi en su viaje a Mordor. En ese momento, ambos se miraron a los ojos y una profunda emoción se instaló en sus corazones. Y en silencio, volvieron con sus hombres, pues la noche sería larga.

Era una noche nublada y sin estrellas. Los soldados procuraban guardar silencio a pesar de que el temor se reflejaba en sus ojos. El viento frío que provenía del este parecía traer ecos de lamentos y gritos apagados de altos señores de otros tiempos. Los más supersticiosos creían sin duda que el origen era el valle de Imlad Morgul donde descansaba la ciudad maldita de Minas Morgul. Elboron y la Compañía Blanca también estaban inquietos, pero no por los ecos del valle, pues al igual que todos, conocían bien su historia. La única diferencia era su convencimiento de que una construcción que no había sido por mano del Enemigo no podría estar maldita por siempre, y que el corazón valiente de sus herederos ayudaría a limpiar su mácula.

Pero sólo ellos parecían creerlo, y la noche pasaba con lentitud. Los soldados más jóvenes eran los más impresionables y algunos palidecían de horror al revisar sus espadas y ver en ella restos de sangre negra. «¡Sangre de orcos!», había musitado alguno. Su primera experiencia en combate les hacía desconocer que algo así se debía a un efecto ambiental. De repente Elboron rompió la inquietud del silencio entonando una canción desconocida para muchos, pero que el Rey Eldarion recordaba bien.

*Cuántas noches contemplé tu semblante,
cuántas anhelé acariciar tu contorno,
cuántas estuve protegido con tu abrazo.
Y ahora... sólo contemplo en la lejanía el tremendo dolor
de la fría noche que te envuelve, que te consume poco a poco,
que separa de mí todo lo que fuiste,
que apaga esa luz con la que me custodiaste.
Recuerdo cada forma de tu esencia,
cada olor, cada sonido que me regalabas.
Recuerdo la impaciencia que me poseía
cuando faltaba poco para volver a verte,
para ser feliz entre tus muros.
Oh, Minas Ithil, Torre de la Luna,
reflejada en mi pecho me envolvía tu luz,
una estela blanca y pura que me calentaba el corazón.
Cuántas noches te recuerdo en mi frío lecho,
afligido por no poder alcanzarte,
por no poder librarte de esa sombra que nos separa,
de ese mal que no cesa.
Miro tu forma recortada en el horizonte
y sólo me alcanza para susurrar
las palabras que no pronuncié
el tiempo dichoso en que estuviste a mi lado.*

Era una canción muy antigua que descubrió el señor Faramir en un documento de la biblioteca de la Ciudad Blanca y la cantó por vez primera en un banquete del Merethron. Tras ella se guardó un profundo y respetuoso silencio. El Rey Eldarion recordaba todo esto, como también recordaba que por aquel tiempo la dama Eowyn, esposa de Faramir, había fallecido y desde entonces el señor Faramir no volvió a ser él mismo. Todo ello despertó en el corazón del Rey un olvidado sentimiento de piedad hacia

el señor Elboron, mientras empezó a ser consciente de que algo en el aire había cambiado y que el temor en los hombres se había desvanecido, como si la canción misma hubiese roto un sortilegio largo tiempo enraizado en ese lugar.

Al alba, el señor Perdibrand fue de los primeros en levantarse y observó que el Rey Eldarion estaba al frente de la columna observando el horizonte, del todo consciente de que Herumor y sus huestes no tardarían en llegar.

—Salud, Perdibrand. Espero que hayáis descansado bien —dijo el Rey.

—Así es, mi señor. Quién lo diría en estas circunstancias, pero lo cierto es que he dormido a pierna suelta. ¿Vos no habéis dormido? —preguntó Perdibrand con curiosidad.

—Deseaba estar despierto al salir el sol. Alguien muy amado dijo un día que el amanecer es siempre una esperanza para el hombre —concluyó el Rey contemplando un cielo lleno de nubes que sin duda serían un mal augurio, pero que también facilitaría las defensas si Umbar llegaba pronto.

Apenas pasó una hora cuando las huestes de Herumor fueron avistadas en lontananza. Avanzaban a paso ligero y no tardarían en llegar al Paso sin Nombre.

—Llegan descansados —advirtió Elboron—. Podían haber caído sobre nosotros la pasada noche.

—Su travesía desde Pelargir fue veloz, estoy convencido de que la leyenda negra de estas tierras ha sobrepasado nuestras propias fronteras —dijo Eldarion.

De pronto sonó un clamor de voces y vieron salir del anillo de árboles un torrente incesante de corsarios y de La Plaga, estos últimos en primera línea. Una sed de sangre implacable se apreciaba en sus ojos mientras se situaban en la vanguardia de sus formaciones.

De repente Herumor apareció y todas sus huestes gritaron su nombre. Avanzó con calma hacia el centro de la explanada espolado por el clamor de sus hombres mientras los señores de Gondor formaban en el desfiladero guardando silencio. Su armadura negra le daba un aspecto terrible y la firmeza de sus pasos parecía augurar que rompería la primera línea de defensa del Rey con un solo golpe de su poderoso brazo. Pero los hombres de Gondor permanecieron inmóviles esperando impacientes la primera acometida. Entonces Herumor se detuvo, y alzando su brazo cesó el clamor de sus huestes. Entonces comenzó a hablar.

—¡Salud, Rey Eldarion! Tiempo era de volvernos a encontrar —dijo con tono amable en sus palabras, pero que ni mucho menos invitaba a confiarse, mientras se quitaba el yelmo terrible y lo arrojaba al suelo.

Los hombres de Gondor quedaron estupefactos, pues ante ellos se encontraba un hombre que decía llamarse Herumor pero al que conocían perfectamente. Una cicatriz horripilante le cruzaba la mitad del rostro.

—¡Bragolnaur! ¡Es imposible, estaba muerto! —gritaron muchos con temor e incredulidad.

—No os falta razón, mis señores. Hace más de veinte años que aquel a quien conocíais como Bragolnaur pereció en el Mindolluin en circunstancias que muchos desconocéis, pero que ya nada importan —prosiguió Herumor con calma—. Lo único cierto es que los altos y orgullosos señores de Gondor se ven cercados no por una hueste de enemigos que les superan en número, sino víctimas de sus propios miedos. ¿Qué fue de la gloria largo tiempo cantada? No será, Rey Eldarion, porque no os fuese advertido hace tiempo. En el fondo debo estaros agradecido, si lo pienso bien. Resulta que hasta de las chiquilladas que hace años me enfurecían se puede sacar provecho y que bien dirigidas, unas huestes de niños pueden hacer temblar los cimientos de un gran país. Fue muy fácil convencerlos, sólo necesitaban una causa por la que luchar, y esa causa en Gondor se había extinguido hace largo tiempo. Así que pensé ¿Por qué no unir la causa de estos jóvenes con la de los señores de Umbar? Al cabo, los corsarios de esa ciudad me acogieron bastante bien.

—Si lo que deseáis es la aniquilación de Gondor no veo motivos para perder más tiempo —dijo Eldarion con presteza.

—¿Aniquilación? —bufó Herumor conteniendo una carcajada— Seguíis sin comprender nada. Si quisiera aniquilaros ya lo hubiera hecho, y hubiera assolado Pelargir hace cinco días, pues dejé allí suficientes navíos para poder hacerlo. ¿Por qué destruir unos recursos tan notables? Lo que yo deseo es muy distinto.

—No tenéis derechos de sangre sobre la corona, y aunque así fuese, nadie permitiría vuestro ascenso al trono —profirió Eldarion.

—Quedaos con el trono mientras en él podáis sentaros, y con vuestra corona mientras os la podáis ceñir —respondió Herumor con burla—. Hace falta algo más que esas dos cosas para gobernar un país. ¡Hombres de Gondor, prestad atención! Ningún hombre tiene por qué morir hoy aquí. Vuestro número es tres veces menor al de mis huestes y no tenéis oportunidad alguna de victoria. Ésta es mi oferta: no volváis a alzaros en armas contra mí y podréis regresar al hogar sin temor alguno por ninguno de mis hombres. Como muestra de buena voluntad no es necesario que soltéis vuestras armas, pero por la vuestra exijo que me entreguéis a vuestro Rey para que sea juzgado por sus crímenes. Tras ello, seré proclamado regente y con ello nunca más el Reino Unificado se verá sacudido por el terror. Pensadlo bien. Un rey no os garantiza seguridad, y Gondor sobrevivió sin reyes casi mil años.

Mothlith y Turlath se miraron nerviosos, pues las palabras apresuradas que profirieron en Eryn Arnem parecían cobrar valor de nuevo ante la magnitud de semejante oferta, pero de nuevo Eldarion habló.

—Toda elección tiene consecuencias, y los señores pueden tomar el camino que sus corazones les dicten. En cuanto a mí, si tanto deseáis que sea sentenciado a muerte en un juicio, os doy la oportunidad de no demorarlo en el tiempo. Hace veinte años intentasteis matarme. Os concedo aquí y ahora ante vuestros hombres y los míos la oportunidad de que nuestros aceros ejerzan de jueces, y que sea la destreza de vuestro brazo quien intente poner fin a lo que entonces no llegasteis a empezar.

Un murmullo incrédulo se extendió entre ambos ejércitos. Los señores de Gondor suplicaron a su Rey que no lo hiciera pero Eldarion no les escuchó. Glirion trató de detenerle pero Elboron le sujetó del brazo.

—Dejadle ir, es algo que sólo él puede hacer —concluyó, aunque él mismo temía tanto o más por el destino de su Rey.

De súbito, los ojos de Herumor parecieron arder en llamas y desenvainó una espada negra, pues no había nada en este mundo que deseara con más fuerza que dar muerte al Rey Eldarion y no desaprovecharía tal oportunidad.

Eldarion desenvainó a Andúril y anduvo presto al centro de la explanada al encuentro de lo que sin duda era su Destino, un Destino que se había trazado hacía largo tiempo. Mientras tanto, en el paso, Elboron, Maethor, Glirion, Ladruin y el propio Perdibrand se miraron en silencio un instante, pues temieron que los días de Eldarion pudieran llegar a su fin.

Dura fue la refriega. Al principio, el Rey Eldarion se limitó a detener todas las acometidas de Herumor, que con furia indómita parecía gozar con cada golpe de espada, obligando a Eldarion a retroceder. Pero pronto empezó Herumor a dar muestras de fatiga, y ello propició que el Rey llevara la iniciativa, hasta que dio un paso en falso. Herumor aprovechó el breve instante para derribarlo, y el rey quedó de espaldas contra el suelo, la espada lejos de su alcance. El fin que los señores temían estaba próximo cuando Herumor alzó su espada con ambas manos y buscó clavarla en el corazón del Rey. Mas, con un movimiento bien medido, el Rey giró hacia su espada, esquivando la mortal hoja de Herumor, que se hundió en el suelo. Como un rayo la sacó y se dispuso a cercenar en dos al Rey, mas fue un fatal movimiento, pues dejó el flanco al descubierto. Eldarion, con una estocada ascendente, atravesó la axila de Herumor y le dio muerte.

La incredulidad se apoderó de los corsarios con la misma intensidad que lo hizo el júbilo de los hombres de Gondor. Elboron y Glirion acudieron prestos a auxiliar a su Rey, previniéndolo de un ataque enemigo que no tardaría en llegar. Fatigado pero aún con fuerzas, con una herida en el costado, el Rey se dirigió a sus hombres:

—El don de la Gran Paz se pagó con la sangre de grandes hombres, nuestros padres, y está presto a extinguirse para siempre. Poco importa cómo llegamos aquí, ni los motivos por los que se dilapidó nuestro legado. En nuestras manos está una última elección: dejarlo morir o pagar de nuevo el precio que lo vio florecer. Ellos quieren darle muerte, su odio quiere destruirlo. Y yo digo que aún al otro lado del Anduin el Paso sin Nombre es nuestro hogar, y por él daré mi sangre. En esta hora Minas Ithil vuelve a ser Gondor.

Un clamor de gritos y una tormenta de espadas hizo temblar los cimientos de las Ephel Dúath mientras los señores de Gondor tomaban posiciones y el enemigo vaciló, pues la muerte de Herumor fue algo que no esperaban y vieron a los hombres del Rey demasiado seguros de la victoria, pero en un instante uno de sus lugartenientes lanzó un poderoso grito y formaron prestos a invadir con celeridad las

defensas del Paso sin Nombre. Entonces el Rey ordenó el *thangail* y todos los hombres alzaron sus escudos proporcionando una defensa impenetrable.

Pero algo sucedió, porque en la vanguardia del enemigo los jóvenes de La Plaga sintieron miedo, y algunos huyeron al sur, otros al norte, y los que no murieron a manos de los corsarios se adelantaron hasta la posición de los hombres del Rey suplicando clemencia y ofreciéndose a luchar. Eldarion ordenó abrir la formación para que se incorporasen y los situó junto a la Compañía Blanca, lejos de Maegras y los señores Mothlith y Turleth. En ese mismo instante el lugarteniente de Herumor ordenó el ataque y las huestes de los corsarios cargaron con ferocidad.

El impacto de la carga del enemigo fue terrible, pero la defensa resistió sin fisuras y apenas se vio obligada a retroceder unos dos metros de distancia. Tras la embestida, la vanguardia de Gondor golpeó sin piedad, aniquilando las primeras líneas del enemigo, que volvía a golpear, cada vez con menos fuerza, y perecería a los pies del Paso. Mientras tanto, la columna de arqueros de la Compañía Blanca situada en retaguardia hacía estragos en la segunda línea. Perdibrand se afanó en rematar heridos o acuchillar las piernas de los corsarios con la ayuda de la infantería ligera, que se infiltraban con sigilo en las líneas enemigas. Las primeras acometidas diezmaron al enemigo, que se vio obligado a retirarse para júbilo de los señores de Gondor, pues éstos no habían tenido bajas y una victoria hasta hacía poco no esperada cada vez parecía más cercana. Pero de repente algo cambió. Un rugido terrible que el eco de las Ephel Dúath repitió incesantemente se extendió por todo el paso, generando el terror en las filas del Rey y un clamor jubiloso en las huestes de Umbar.

—¡Los hombres del Harad! —gritaban los señores— ¡Los hombres del Harad nos atacan! ¡La hora de la ruina está próxima!

Pues desde el camino de Harad dos criaturas terribles del tamaño de una montaña avanzaban inclementes arrasando todo lo que se interpusiera a su paso. Los hombres del Harad avanzaban en altas torres a lomos de dos legendarios mûmakil, los olifantes que en otra edad invadieran los campos del Pelennor. Y tras ellos, mucha infantería. El terror se apoderó de las filas del Rey, pero se mantuvieron firmes mientras esperaban que los olifantes llegaran al paso. Su primera acometida fue devastadora, pues arrasaron la primera línea mientras algunos señores trataban de poner a salvo al Rey no pudiendo ellos mismos salir vivos. Entonces se alzó la alta y colérica figura de Maegras, que arrojó al suelo su escudo, y sujetando su lanza con fuerza se dirigió a los señores con voz potente.

—¡Proteged al Rey! ¡Mantened la formación! ¡Resistid! ¡Resistid!

Y con una furia sólo recordada en tiempos remotos, arrojó su lanza con una fuerza terrible que atravesó el corazón del jinete de una de las bestias que, aturdida y sin rumbo, avanzó deprisa aplastando al señor de Lossarnach y a diez de sus hombres. Pero su sacrificio no fue en vano, pues ciega de locura, la bestia giró su inmundo cuello clavando sus terribles colmillos en el vientre de la segunda, que con un rugido terrible cayó derribada quedando la otra trabada en lo angosto del desfiladero.

—¡Disparadle a los ojos! —gritó Elboron a sus arqueros mientras la otra bestia, aún trabada, aplastaba a todo aquel que se atreviera a acercarse. Una lluvia de flechas cayó sobre la bestia, que ciega y malherida cayó por fin; pero en ese instante las huestes de Umbar y Harad volvieron a atacar con redoblada furia, mientras el *thangail* no había vuelto a formarse.

—¡Mantened la formación o será nuestro fin! —clamó el Rey mientras los enemigos, ciegos de sangre, penetraban las filas de Gondor con una furia despiadada haciendo estragos que conducían a una ruina inevitable.

Pero de súbito el viento cambió, y los ecos de unos cuernos que provenían del oeste frenó momentáneamente la acometida del enemigo. Todos se volvieron y siguieron la mirada del Rey Eldarion, y en ese mismo instante divisaron a lo lejos una gran multitud de jinetes que cargaban hacia la retaguardia de Umbar y Harad con una fuerza indómita mientras se alzaba un estandarte azul con un barco y un cisne plateado.

—¡Dol Amroth por Gondor! ¡Dol Amroth por el Rey! —gritaban con furor mientras el enemigo enloquecía y abandonaba desordenadamente el Paso con la esperanza de huir y no perecer bajo los cascos de los caballos o las lanzas y espadas de los señores. En la vanguardia de los jinetes se alzaba Aglarion, señor de Dol Amroth, largo tiempo ausente, y con él cabalgaba Barahir, el hijo de Elboron que había

acudido a pedir su auxilio muchos días antes sorteando no pocos peligros. Elboron, con lágrimas en los ojos fruto de la emoción, alzó alto su espada y clamó con voz tonante:

—¡Por el Rey, por Minas Ithil y por Gondor!

Y con la fuerza del trueno, la infantería restante cargó con furia contra el enemigo. Al salir del Paso, las huestes de Umbar y Harad se vieron atrapadas entre el martillo y el yunque. Y los hombres de Gondor empezaron a cantar, y los ecos de ese canto hermoso largo tiempo olvidado llenaron de orgullo y calor el corazón de señores largo tiempo enfrentados, pues en esa hora, aunque fuera un solo instante, los caminos que les separaron fueron los mismos que los unieron de nuevo, pues hermanos de sangre y hermanados en la adversidad aplastaron al enemigo al grito de Gondor.

El día declinaba con una gran victoria, pero no eran pocos los caídos notables, entre ellos estaba el señor Maegras, que murió como un valiente, y los señores del sur, Mothlit y Turlith. Los jóvenes supervivientes de La Plaga serían castigados, pero perdonados y rogaron al rey la merced de tomar las naves de los corsarios junto con otros señores del sur para romper el asedio en Pelargir y derrotar a los que allí quedaban con el fin de lavar sus faltas. Pero hubo una muerte que causó gran aflicción, pues entre los muertos encontraron al Thain de la Comarca, el buen Perdibrand, muerto lejos de su hogar en una guerra que no le correspondía. Su caída suponía una carga muy dura de soportar. Se acercaba el veinticinco de marzo, el Año Nuevo Gondoriano, con una gran victoria que poder cantar, pero había unos pocos que sintieron no tener nada que celebrar.

Era un frío seis de noviembre y el señor Elboron y su hijo Barahir comparecieron en Minas Tirith con urgencia. Entraron en la ciudadela con paso presto en dirección a los aposentos del Rey Eldarion, y durante un largo rato la guardia les impidió el paso. Pasado un tiempo, Herunnur, mayoral de las Casas de Curación, salió por la puerta y le preguntaron con preocupación.

—Es la herida que Herumor le infligió en el Paso sin Nombre. No se curó bien. Hace un tiempo se infectó y está gravemente enfermo. No tenía por qué ser grave, pero hay heridas que no se curan sin voluntad —dijo el mayoral gravemente.

En ese mismo instante Aglarion salió por la puerta y se detuvo un momento y quedó mirando a Elboron. Una gran pena les invadió, pues los ojos de ambos reflejaron la gravedad de lo que sería inevitable. Aglarion guardó silencio y con un gesto se despidió de Elboron y de Barahir, que se dispusieron a entrar en la habitación. Allí se encontraban las hermanas del Rey, junto con Glirion, Maethor, Ramthalion y Ladruin, y también Anardín, hijo de Aglarion, señores que en los últimos años no se separaron de su lado. Las lágrimas recorrieron el rostro del señor de Ithilien cuando contempló al Rey en su lecho. Parecía dormir un sueño inquieto. Entonces aproximándose cayó de rodillas, y besando su mano dijo estas palabras:

—Me habéis llamado, mi señor. ¿Qué ordena mi Rey?

—Que los míos dejen de caminar entre tinieblas que mi orgullo ha provocado —respondió Eldarion abriendo los ojos con una expresión de tristeza.

—Fue mi elección no abandonar ese sendero, mi señor, sendero forjado también por mi orgullo —respondió Elboron tratando de aliviar su aflicción.

—Pero condujo a un Destino nefasto, cuya carga es demasiado pesada —continuó Eldarion.

—Sólo si no se desea compartir, pues soy de ella tan responsable como vos —dijo Elboron con convicción.

—Hay cargas que son más pesadas cuando se comparten, mas en esta hora ello poco importa ya. Hemos salvado el Reino de un fin que parecía inevitable. Pero temo que el legado que deje a mis descendientes esté cargado de dudas. La legitimidad de mi linaje entre algunos señores quedó en entredicho y no me encontraré entre los vivos para poder defenderla. Temo que el reinado de mi hijo sea también doloroso.

Entonces se adelantó Barahir y habló de la siguiente forma:

—Mi señor, no todos en Gondor conocen las historias del antiguo Reino del Norte. La historia del Rey Aragorn y la Reina Arwen fue transmitida a sólo unos pocos, y la mejor forma de defender ambos linajes es que los herederos de Anárion la dejen por escrito. Será un honor escribirla, mi señor, pues siempre me encantó oirla.

Una luz de felicidad y amor iluminó los ojos del Rey Eldarion, que agradecido extendió su mano. Barahir se la besó, y el Rey apretó la suya con fuerza.

—La generosidad de vuestro acto salvará ambos linajes durante mucho tiempo y no será nunca olvidada. De veras lamento el dolor que os infligí a vuestro padre y a vos —dijo el Rey con la voz quebrada.

—Mi orgullo también os hizo daño a vos, mi Rey — dijo Barahir, que no dejaba de llorar.

—El orgullo es una mácula enraizada en los que tenemos la sangre de Númenor, pero no debemos desesperar. Nuestros actos, buenos o malos, servirán de ejemplo a nuestros descendientes —dijo el Rey, buscando consuelo en el joven príncipe.

—Pero no es justo que vos no disfrutéis de ello tras tanta sangre derramada —dijo Barahir sin consuelo.

—Mi tiempo ha llegado a su fin. Y es el momento de que otros continúen las muchas tareas que quedan pendientes.

Y pidiendo a Glirion que le acercara un documento, continuó hablando.

—He aquí el edicto real para que Minas Morgul sea saneada. Minas Ithil volverá a ser Gondor. Minas Ithil volverá a alzarse —concluyó, mientras la emoción y un profundo agradecimiento brotaban del corazón de Elboron y Barahir.

Finalmente pidió a todos los presentes que abandonaran sus aposentos, quedando a solas con Elboron.

—Debo pedir os un último servicio —dijo Eldarion con solemnidad.

—Como ordene mi Rey —respondió Elboron con firmeza.

—Acudid con mi hijo Aredain al santuario del Mindolluin donde mañana hará veintiún años celebramos la fiesta del otoño. El corazón me dice que aún con el frío de un invierno cada vez más próximo allí se encuentra la última esperanza del Reino.

—Así lo haré, mi señor —respondió Elboron sin contener su llanto.

—Decidme Elboron, ¿qué motivó que fuerais tan osado como para desafiar la voluntad de un rey?

—La firme creencia de que todo hombre puede ser mejor, cualquiera que sea su cuna y cualesquiera que sean sus faltas. La idea de que ello pueda curar para siempre sus heridas. La necesidad de que su Rey sea el mejor posible en los peores tiempos posibles. Pero los años me han demostrado que ya lo tenía ante mí. Y me aflige mi fracaso, pues no he muerto a vuestro servicio.

—Todo hombre puede ser mejor, pero creísteis en un Reino que no pertenece a este mundo. Padecemos el dolor y la Sombra en nuestros cuerpos porque vivimos en Arda Maculada, y esa Sombra la corrompió al principio de los tiempos. Pero el espíritu de los hombres no está hecho para Arda misma. Muy pocos creen que tengamos un lugar reservado en las Estancias de Mandos al igual que los Eldar. Pero yo sí creo en ese lugar, donde desposeídos de nuestra atadura terrenal podamos esperar a todos aquellos que, como Aglarion y vos fueron importantes en mi corazón, con la esperanza de recuperar el santuario que otrora ocupé en los vuestros sin el dolor de las heridas, porque éstas ya no importen —y cerrando los ojos el Rey Eldarion descansó para siempre.

—Vos jamás os ausentasteis del santuario que os reservé en el mío —y mientras tomaba su mano y se la besaba cayó de rodillas ante su lecho.

Al día siguiente, después de que el cuerpo del Rey Eldarion fuera trasladado a los Recintos Sagrados, Aredain y el señor Elboron subieron solos al santuario del Mindolluin. Era un siete de noviembre y ya hacía frío, y ese año no se celebraría la fiesta de la Eruhantalë. Una vez llegados allí, la esperanza renació en sus corazones, pues un retoño del Árbol Blanco había brotado de la semilla que veintiún años antes habían plantado, y resistía con firmeza los primeros vientos fríos de un invierno cada vez más cercano, pero que sin duda haría renacer las esperanzas de muchos.»

Epílogo

La mañana resultó ser más calurosa de lo esperado, y Paladin madrugó, pues a primera hora debía acudir a los Recintos Sagrados. Allí visitó el lecho de su padre Perdibrand que descansaba junto con los de otros grandes hombres, y también acudió al del Rey Eldarion, flanqueado por los de Elboron y

Aglarion. Cuando terminó la visita se dirigió a la ciudadela y en ella observó cómo el retoño del Árbol Blanco crecía hermoso y lozano en la plaza del manantial. Una vez en la sala del trono, observó que al pie de las escaleras le esperaban Barahir y Findegil, y en lo alto de las mismas el Rey Aredain se puso en pie.

—Salud, señor Paladín. Mi corazón os acompaña en el dolor por vuestra pérdida. Sabed que el señor Barahir ha acordado conmigo liberar a vuestra familia de la carga que supuso el juramento que vuestro bisabuelo Peregrin prestara en sus días, si así lo deseáis. El pago de la deuda, si alguna vez ésta existió, ha quedado saldado con creces.

—No hay motivo para ello, mi señor —respondió Paladín con convicción—. Mi padre honró a su familia y cumplió con su deber.

Un inmenso sentimiento de agradecimiento y consuelo se dibujó en los rostros del Senescal y el Rey. El joven Thain con su generosidad les había liberado de una pesada carga. Findegil sonrió.

Los cuentos de hadas superan la realidad no porque nos digan que los dragones existen, sino porque nos cuentan que pueden ser vencidos.

(Chesterton)

Índice de nombres

- Aglarion:** Príncipe de Dol Amroth.
Anardin: Hijo de Aglarion, heredero de Dol Amroth.
Aredain: Hijo de Eldarion, futuro rey.
Barahir: Hijo de Elboron, heredero de Ithilien.
Berelach: Hijo de Borlas.
Borlas: Capitán de la Compañía Blanca de Ithilien.
Bragolnaur: Señor del Morthond.
Elboron: Hijo de Faramir, Senescal de Gondor, Príncipe de Ithilien.
Eldarion: Hijo de Aragorn, Rey de Gondor y Arnor.
Findegil: Escriba de Gondor.
Glirion: Señor del Lamedon.
Herumor: Líder de la Plaga y de los Corsarios de Umbar. Se desconoce su verdadera identidad.
Herunnur: Mayoral de las Casas de Curación.
Ladruin: Señor del Lebennin.
Maegras: Señor de Lossarnach.
Maethor: Señor de Pinnath Gelin.
Mothlith: Señor de Anfalas.
Paladin Tuk: Hijo de Perdibrand Tuk.
Perdibrand Tuk: Thain de La Comarca.
Ramthalion: Señor de Pelargir.
Saelon: Responsable de la muerte de Borlas.
Turleth: Señor de Ringló.